

3001

Lectura Selecta

MARINA



POR

LAUTARO

YANKAS

3001

N.º 16

40 cts.



del
Instituto
M. T. SANITAS

*Corrigen y desinfectan sobre una
base biológica, los desórdenes
intestinales*

*Fórmula: Fermentos lácticos, Kefir, Cáscara
sagrada, lactosa escipiente*

Lectura Selecta

REVISTA QUINCENAL DE NOVELAS CORTAS

JOSÉ S. GALLAY
DIRECTOR



GALERIA ALESSANDRI N.º 8
CASILLA 242-V

Año I

Santiago de Chile, 15 de Agosto de 1926.

N.º 16

En el próximo número

≡ LA MANDA ≡

Por

FRANCISCO GALANO

Sentida novela de amor y engaño, salpicada de
fina ironía y sano humor

PROXIMAMENTE LA SEGUNDA EDICION

de

EL MATADOR DE TIBURONES

por SALVADOR REYES

Literatura Rusa

LIBROS ESCOGIDOS

LIDIA SEIFULINA. Caminantes.....	\$ 6.00
V. IVANOF. El Tren N.º 1469	5.30
F. OSSENDOWSKI. Más allá de la Gran Muralla...	7.50
S. KRAVCHINSKY. La Novela de un Terrorista	7.50
ALVAREZ DEL VAYO. La Nueva Rusia.	11.50
JOSEF CONRAD. El Alma Rusa (2 tomos).....	17.00
ANDRIEV. Sachka Gegulev.....	3.00
I. CHEMELEV. El Camarero.....	2.50
V. GONCHAROV. Oblamov.....	5.30
N. GARIN. Los Ingenieros	2.30
M. SIBIRIAK. Los Millones	2.30
E. SIENKIEWICKZ. El Campo de Gloria.....	7.50
» A Través del Desierto.....	7.50
A. KUPRIN. Yama (3 tomos).	13.50
F. DOSTOIEWSKI. El Idiota.....	3.00
» Crimen y Castigo.....	3.00
I. TURGUENIEV. Anucka.....	4.50
» Una Desdichada.....	6.00
GORKY. La Madre (2 tomos)	9.00
» El Amo	3.00
L. ANDRIEV. El Rey Hambre	2.50
» La Vida del Hombre.....	3.80
» Diario de Satanás.....	7.50
» Memorias de un Preso.....	6.00
N. TASIN. La Revolución Rusa.....	6.00

libreria SALVAT
Barcelona-Santiago

1049 . AGUSTINAS . 1049 - SANTIAGO
CASILLA 3326 - TELEFONO 4734

LAUTARO YANKAS

Entre los jóvenes escritores de esta generación, Lautaro Yankas tiene una característica inconfundible: es original. No se observa en sus relatos, en sus cualidades narrativas, en el trazo de sus tipos, la huella de lecturas, la falsificación de una personalidad con ayuda de procedimientos cerebrales. Es, podríamos decir, espontáneamente original.

No quiere decir esto que no estudie ni guste de leer. Yankas devora cuanto libro tiene interés de vida; conoce las viejas y las nuevas literaturas y las opiniones que formula sobre las escuelas modernas en relación con lo que el busca en sus propias creaciones, son de gran interés —Mi espíritu no admite predilección por éste o aquel autor—nos dice luego, sonriendo.—Eso queda para el afi.

cionado solamente. El temperamento definido evita sin esfuerzo las intromisiones.

En la mentalidad vigorosa de Yankas, las lecturas se convierten en substancia propia; no quedan mal digeridas en los períodos nerviosos de su prosa.

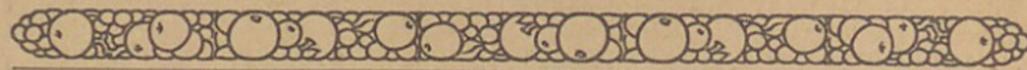
Tiene, en su género, algo de esa fuerza áspera, de esa angustia humana, de esa tristeza de raza que caracteriza a Gabriela Mistral y que es el fundamento de su originalidad, la fuente de su poesía.

—A los dieciseis años—recuerda Yankas—publiqué en revistas de provincia mis primeros ensayos, evocaciones mitológico-románticas. En ellos palpita el embrión de mi progresiva tendencia a exaltar la vida, que a mi pupila llega siempre distinta y sorprendente.

«Por los años 23 y 24 obtuve dos primeros premios en los concursos literarios de «La Nación» y «Zig-Zag». Meses después se publicó mi novela «La Bestia Hombre». Próximamente aparecerá «La Risa de Pillán», novela de factura impresionista sintética, que yo llamo «relieves». Preparo una novela de los bosques, «La Feli», y otro libro, novela de ciudad, cuyo nombre daré más tarde. «Marina» es una novela de espectáculo; gustará, sin duda».

Artista múltiple, que ama su tierra y la siente, Yankas hunde su pluma en la vida misma: es fuerte, dominador, chilenisimo. Esto constituye un mérito imponderable en la época actual.

J. S. G.



MARINA

Por Lautaro Yankas

I

Lorenzo desdobló el telegrama y leyó:

«Te esperamos esta tarde.—Saludos.—Enrique».

Ante esta nueva delicadeza de su amigo, ya no podía vacilar. Almorzó sin apuro, pues el tren cordillerano partía a las tres. Cinco minutos antes de la hora se hallaba acomodado en un vagón de primera clase. Una indolencia, una dejadez que pocas veces había experimentado, lo abrumaba esta tarde.

Mientras el tren cortaba la sucia barriada y se alejaba cada vez más rápido hacia las primeras estribaciones de los Andes, Lorenzo Montalva, el cerebro dormitante, rumiaba, aunque ya inútilmente su resolución tal vez prematura, y que el telegrama había precipitado, de pasar sus veinte días de feriado en un rincón abrupto, salvaje y mudo, como se imaginaba el fondo de su amigo, un mocetón emprendedor y sentimental a la vez.

Empleado en un Ministerio, con un sueldo mediano que

le evitaba, es cierto, el vivir sujeto a su familia, hubiera preferido desgranar sus contados días de holganza, en alguna playa concurrida o una fuente termal de renombre. Y esto por una razón sencilla y capital: quería casarse, y bien. Sólo en uno de estos *rendez-vous* podría conseguir la realización de su sueño, si así puede llamarse el propósito de un hombre que ha convivido la grosera crueldad de la lucha más insignificante. Su sueño tenía algunos años. La reiterada invitación de su amigo le evitaba, es verdad, los derroches de dinero a que otras vacaciones le habían arrastrado. Pero, a su juicio, su propósito perdía así todo contacto oportuno; y este pensamiento lo hacía lamentarse por instantes, llegaba a irritarlo consigo mismo. Estuvo a punto de bajarse en la primera estación y esperar el tren de regreso a la capital.

Su ascendencia culta le daba la soltura de modales y la agilidad de cerebro que necesitaba para su magno propósito de «llegar» como él decía equívocamente a sus amigos.

De talla regular, su figura bien templada, decidida, tenía la gracia de una frente vasta y culminante, en cuya base se estancaba la tinta parda de dos ojos ligeramente miopes.

De súbito recordó que la casa de Enrique era frecuentada en verano por gente de muchas talegas; y luego, apremiado por esta sorpresa de su desgraciada memoria, imaginó que a su arribo al fundo, si la suerte lo quería, sus ojos, cuyo tic daba interés a su rostro, pudieran muy bien cruzarse con la mirada de una de aquellas mujeres,

en cuyo primer abandono elocuyente él veía la sombra de un millón.

En el oro abrasado de la media tarde, el tren corría, subía jadeante entre cerros ariscos.

II

Enrique se paseaba preocupado por el reducido andén del paradero, cuando oyó el silbido juguetón del tren que seguía la amplia curva del río sonoro, antes de entrar en la estación. Era un mocetón recio; el campo había tostado su rostro. Apenas vió a Lorenzo, se precipitó a abrazarlo. Hacía un año, lo menos, que no se veían, con ser amigos de la niñez.

—Me tenías inquieto, hombre. Creí que no vendrías.

—¡Cómo! Te habría avisado, te habría avisado... ¡Pero qué bien estás! ¿Y tu madre?

—Bien, muy bien. Quiere verte. Vamos.

Un mozo del fundo cogió la maleta y Enrique llevó a su amigo fuera del andén, donde se veía un viejo coche de campo de cuatro ruedas, lleno de amarras y remiendos.

—No tengas miedo, Lorenzo. Así como lo ves, indigente y raído hasta inspirar compasión, este coche arrastra sus buenos años y nunca nadie ha tenido que reclamar de sus servicios. Es una vejez digna la suya. Subamos.

El otro se rió. Ya acomodado, miro los cojinetes sueltos, sostenidos sólo con el peso de los pasajeros, que ahora eran escasos, y vió las roturas de la vejez, por donde asomaba el relleno aplastado y sucio. Aquel coche rodaba todos los días entre San José y Melocotón.

—Tiene carácter el carricoche—declaró Lorenzo.—La tisis le es familiar, seguramente.

—Los tísicos, querrás decir. Cuanto al germen, no anda volante ni alcanza a esconderse en el pelote de este vehículo, porque como tu sabes el aire es aquí señor de horca y cuchilla.

El coche, con cuatro pasajeros en total, comenzó a sacudirse al paso ligero de tres caballos adornados con arneses y correajes viejos y terrosos, y penetró en una calle desierta en cuyo término se veía una tropilla de asnos detenidos al sol.

—Esto anuncia mi aburrimiento próximo—se dijo Lorenzo, mirando con fastidio el caserío muerto.—El campo por aquí ha de ser lo mismo, insoportable.

—Los tísicos que llegan a este poblacho—dijo Enrique, sin darse cuenta del estado de ánimo de su amigo, —pueden curar radicalmente sus pulmones; pero entre tanto su espíritu se ha enlagaado con un mal peor. Este es un pueblo tétrico, un espectro de pueblo. Aquí hace muchos estragos una tisis del alma... He conocido dos casos espantables.

—«Es el asqueroso destino que me trae a donde no quiero»—se repetía indignado Lorenzo Montalva. Sin embargo, sonrió en seguida para preguntar con avidez a su amigo:

—Bien. Y dime, ¿hay extraños en tu casa?

—¿Extraños? Siempre los hay. Mujeres...

—A ver, cuéntame—dijo alegremente Lorenzo, que ya no pensaba en el poblacho.

—Ahora hay en casa una familia de Santiago, rela-

ciones de mi madre más que mías. Las hijas, dos mujeres primaverales, harán de seguro, luminosa tu permanencia con nosotros. Dos mujeres que por desgracia no inspiran confianza a nadie. Su belleza, innegable; su carácter, inaccesible.

—Bien puede que eso no sea una desgracia. El carácter de una mujer no significa gran cosa. Si es bien definido, tanto mejor para el hombre. Lo primero que has dicho está bien; dos mujeres luminosas, con cierto prosaísmo de sol estival: su carácter. ¡Bravo!

—¡Ja ja! No sé si exagero. Te confieso que me disgustan... ¡Ah, me olvidaba! El mayor de esos dos astros ocultará pronto su luz...

—¿Qué quieres decir?

—Se casa, ja, ja. ¡Y con ese carácter!

El otro se calló, pensativo. Pasó un largo silencio. Luego dijo, sonriendo:

—¿Sabes que había resuelto irme a un balneario? Tu carta primero y ahora tu telegrama, me han disuadido de ello. Tu amistad me conmueve.

—Gracias, hombre. Creo que mi campo, aunque sólo hace dos años que lo tengo, está convertido en un rincón de delicias. Ya lo parecía, antes de comprarlo yo.

III

Era entrada la mañana y nadie, aparte las sirvientas que barrían el patio desnudo y la terraza lindante con el camino, daba señales de vida en el caserón. Las dos aguas de sus viejos tejados recibían una cálida pátina

de luz, bajo un cielo lavado en puro cobalto, entre los cerros riscosos y desnudos, de hoscas masas.

Las señoritas Castro dormitaban los últimos instantes, antes de decidirse a despertar. Era enervante en la deliciosa media mañana, aquella prolongada penumbra de los sentidos y de las imágenes. Las gruesas paredes extinguían el murmullo orquestal del campo al sol.

De pronto, una voz de hombre, poderosa, honda, de rico metal, hendió el neto silencio de la casa. Luego se hizo viva, grácil, sugestiva:

Junto al puente de la Peña...
por la noche la encontré;
y su guante, pequeñito,
me cayó a los pies...

Marina experimentó un vacío fugaz y despertó al instante.

—Magda—dijo, incorporándose.—Magda, ¿no oyes?

—¿Quién canta?—preguntó su hermana, todavía con los ojos cerrados.

—Escucha—bostezó Marina.

En la acentuada penumbra del cuarto cerrado, la voz del nuevo huésped, perdida un instante, se alzó con pimentada gracia, dominadora y jovial.

Por si un reto me lanzaba,
recogí su guante yo,
y en su mano bella
puse un beso de pasión...
porque al verla no se puede
resistir la tentación...

—¿Sabes que me gusta eso?

—Está bien, muy bien, chiquilla — impuso Marina.—Es la romanza de Leonello, de «La Canción del Olvido».

Una muchacha morena entró y abrió las ventanas. Marina tiró las ropas de la cama y permaneció un momento medio incorporada sobre los almohadones, con sus bellos brazos blancos, de una blancura de pétalo, laxos aún, delineándose en el blanco frío de las sábanas. La criada salió.

—¿Sabes algo de ese tipo? ¿Quién es?—preguntó Magda con desgano.

—Según he oído, es el mejor amigo de Enrique.

—Me fastidia. Es un presumido, un quídam. ¿Es que no te has dado cuenta de ello anoche?

—No. Al contrario, me pareció encantador.

—¡Si te oyera tu Sergio!

—¿Y bien? Puedo opinar. Ya ves, así como Enrique me aburre, este *quídam*, que tú dices, me parece por el contrario un hombre interesante y entretenido. Dime. ¿No piensas que llegue a cortejarte?

—Me fastidia, niña, y ya lo advertirá. Pero tú le darás cartel y así perderás con Sergio a tu sexto novio.

—Déjanos en paz a Sergio y a mí. Preocúpate de lo tuyo, porque es tiempo de que asientes la cabeza. Eres una chiquilla.

—Como tú.

—Es verdad, como yo. Hace un momento, por virtud yo no sé de qué, he tenido el primer pensamiento serio

de mi vida. Es bonito, pero resulta necio, el decir siempre que una es una niña, y que lo digan los demás.

—Bien, mujer; me asombras y me encantas. ¿Hoy no piensas montar?

—¡Claro que sí!

En ese instante, Enrique y Lorenzo pasaban riendo por el corredor hacia la terraza. Ellas comenzaron a vestirse.

—¡Las diez—dijo Marina mirando su reloj,—¡Horror! ¡Vergüenza! ¡Cuando Enrique recorre a las seis su campo todos los días!

—Enrique es un adorador de su campo y de sí mismo—formuló la hermana, mostrando en la viva luz de la ventana adonde se acercó, su óvalo frío con las pintas deslavadas de sus ojos.

—Eres irritante, mujer—censuró Marina.—Nada comprendes. ¿Qué te han hecho los hombres?

En seguida miró a Magda y vió su rostro encendido.

IV

Cosa inesperada, a las diez y media las hermanas Castro ya habían tomado su desayuno. Parecían disminuídas y hasta más ligeras y sensibles, con sus trajes de montar a la inglesa. En el rostro agudo y despectivo de Magda, el sol ponía una reverberación sonriente. Marina saludó a los dos amigos que esperaban en el gran patio fumando apoyados en las cabalgaduras, ya ensilladas.

Un instante después aparecieron las hermanas de Enrique, dos trigueñas graciosas, más bajas que sus ami-

gas y de apariencia robusta y resuelta. Todos montaron. Los animales eran media sangre; su piel recién almohazada, se estremecía al menor contacto.

—No te inquietes, Lorenzo. Ese Barroso es una seda, mi mejor caballo. Marina lo monta a menudo.

—Es una delicia—dijo Lorenzo, feliz, viendo la clara sonrisa de la joven.

Bajaron hacia el interior del fundo por un camino ancho, flaqueado de pircas bajas, más allá de las cuales se ensanchaban los grandes cuadros de los rastrojos, donde dormitaban o pacían muchos vacunos y caballares, y entraron en las vegas que orillan el cajón del Maipo, amarillento y rápido como una torrentera.

Magda se había quedado atrás con el pretexto de coger una varilla para su caballo, que no la necesitaba. Entre tanto, observaba de lejos a su hermana y Lorenzo que, muy juntos, parecían olvidar la existencia de los otros jinetes. ¿A qué negarlo? Lorenzo le era insoportable con su fastidiosa mirada débil y hurgadora, su frente bruñida y pretenciosa y sus pasos lentos que denunciaban un carácter equívoco y un espíritu falsamente reflexivo. Era un hombre peligroso. Marina podía rendirse a sus manejes, pues no tenía la vida de Magda, con su doloroso encadenamiento de torpezas y fracasos, y a la hermana le había sido encomendado el evitárselos. La perspicacia e inteligencia de Marina podían evitar el peligro, pero también podían precipitarlo. ¿Y entonces?

La pareja se adelantaba cada vez más. Magda, a tiempo de advertirlo, recordó la ultrajante pregunta de su hermana en el dormitorio y palideció de furor. Oprimió

los flancos del animal y éste arrancó veloz sobre los pedruscos. Ella tenía su historia; pero mientras galopaba para alcanzar a sus amigos, sus ojos claros retenían tanta luz, que alguien al verla sólo hubiera admirado su rostro radiante, excitado por la atmósfera serrana.

Ahora, la pareja a todo galope se ocultaba tras un robusto sauce torcido sobre el camino.

*
* *

A la sazón, su sexto noviazgo fastidiaba lo indecible a Marina Castro. Su *prometido*, un elegante de Santiago, que al principio le fuera agradable como toda promesa cercana, dejábale desde hacía tiempo la impresión desvanecida de un viejo sello, cuya utilidad es todavía admisible. Así, la llegada de Lorenzo resultaba providencial a su alma cansada al par que anhelosa. Sin embargo, a veces lo insubstancial de aquel novio y su terquedad, fundían en los últimos fuegos del recuerdo una luz blanca de piedad. Su naturaleza de mujer rica y un si es no es culta, dió siempre a este último noviazgo, un carácter de tierna travesura, con la decoración sensual, eso sí de la ternura erótica.

Por lo demás, la virilidad amorosa y las sollicitaciones del hombre la habían vuelto irónica. Aceptaba a Lorenzo, pero recelaba de él.

Les era fácil encontrarse a cada momento. Lorenzo reemplazó en adelante a Enrique cerca de las hermanas visitantes.

V

Pasaron los días. Lorenzo no tardó en advertir que la débil resistencia de Marina se extinguía, apenas él se acercaba a hablarla, en el salón donde se hacía música o bajo las arboladas de quillayes, abundantes allí, donde escuchaban distraídamente el bisbiseo matinal de las tórtolas. A veces Magda iba con ellos. Pero Marina buscaba siempre a Aurora, la dulce hermana de Enrique, porque ella, sin decir nada, se alejaba cada vez por el campo liviano de sol.

Otrasmañanas, los caballos esperaban. Aquel incomparable Enrique los encaminaba por los senderos interiores; y luego había de dejarlos para ir a vigilar un rodeo, o a otros quehaceres. Ellos buscaban entonces un abrigo de sombra e intimidad. Y los ojos, ardiendo fijos en los ojos, parecían retener el deleite de estos momentos, mientras el aire fresco del cajón se llevaba lejos el rumor de la vida próxima. Vivían la hora del prelude secreto, antes de la soberbia música que se ha de alcanzar, o extinguir en el prelude. Marina, sintiendo el firme contacto de las manos masculinas, descubría en la actitud poderosamente tierna de aquel hombre una voluntad metalizada, refundida, incontrastable de amar, de amarla. Ella no podía adivinar más; y esto le bastaba, castigaba dulcemente su sensibilidad, la estimulaba.

Hablaban mucho de música. La hermosa romanza que él había dejado escapar aquella mañana con la soltura de un divo, era simbólica para Marina; estaba allí la altiva gracia, la distinción de su mundo, del hombre

macerado en la civilización y la cultura, triunfando en el silencio embrionario de la naturaleza campestre. Las sugerencias que él provocaba en ella a cada instante, ¿no merecían la rendida confianza? Y esta confianza él la tuvo. Luego Chopín, Mozart, Litz, Beethoven los arrastraron al comentario fervoroso. Ella conocía mucho a los clásicos alemanes y a los rusos modernos, y los ejecutaba sin timidez. Tratándose de música, su palabra era luminosa, y Lorenzo la escuchaba con respeto y cariño. Por otra parte, Marina al hablar daba a la mano un ligero movimiento docto, cuya gracia armonizaba con la movilidad dominante de su rostro.

—Debe cantar mucho usted—díjole ella una de aquellas mañanas, oyéndole tararear un trozo de ópera con una media voz liviana y acariciante.

—Canto poco—sonrió él,—y no es canto el mío. Es evacuación vital, sin pureza, sin lirismo, sin belleza. Lo que se canta hoy no da para más...

—¡Pero cómo!

—Veamos. ¿La ópera? Ja, ja. ¿Verdad que es despreciable? Es el niño menor, el demente de la familia, el que sólo tiene elementos instintivos como móvil y fuerza de vida. La ópera clásica, por ejemplo, es la Italia vulgar y mediocre, con decoraciones románticas de luz y color. La ópera en general es la belleza mundana, adocenada, del sentimiento, y junto con las canciones populares, el gran evacuador y regulador de las razas.

Esta irrupción desconcertaba a Marina. Mirándolo, se limitó a darle su mejor sonrisa. Ella sabía hacer las cosas. Luego emprendieron un galope insensato; en un

vuelo de los caballos dejaron atrás una pirca derruida y los animales chapotearon en un potrero inundado.

Marina tenía enllamado el rostro, y sus ojos de un azul disuelto, abismados en el vértigo de la carrera, parecían rechazar el oro desflocado de la media mañana.

Un instante después, los caballos iban al paso, junto a la linde del potrero; allí entraban de nuevo al camino, divisaron una carreta hinchada de pasto para el enfarde; su mancha verdegay, en el fondo chamuscado de los cerros.

—¿Está cansada de galopar?—dijo Lorenzo acercando su caballo

—Un poco. ¿Dónde nos desmontamos?

—Usted lo sabe bien. ¿No reconoce este sitio?

—¡Ah! Ya lo creo. Nuestro rincón.

El camino bajaba hacia la quebrada que hería el faldeo. Salvándola, la pareja se encontró en un terreno más alto donde los viejos quillayes, en espesos manojos, desteñían su verdor en la luz.

Se desmontaron. Ella escogió un nudoso tronco en un gran campo de sombra, desde el cual se divisaba la árida costra de los cerros y el verde reverberante de la llanada, a ambos lados del río turbio y sonoro.

—Marina—dijo él con cierto tono violento y nervioso que ella no le conocía.—He resuelto decirle algo que merece su atención. No pensé, eso sí, que mis palabras buscarían aquí las suyas, en este rincón que ha estimulado nuestro cariño, todavía impreciso... Tal vez los caballos han querido venir de nuevo, azotados por el campo abierto y nosotros los hemos dejado hacer.

—Es bello todo esto—sonrió ella. Y viéndolo de pie y como intimidado, le cogió una mano y lo hizo caer a su lado.

—¿Recuerda, Marina, nuestra primera charla, solos aquí? Aquella vez me declaró usted que era una niña, pero una niña cansada de serlo...

—¿Está usted loco, amigo mío. ¿He podido hablar así a un hombre que yo desconocía?

Lorenzo palideció; arqueó su fusta con violencia y dió con ella golpecitos rápidos en sus polainas amarillas. La sonrisa sutil y excitante de la mujer.

El miró la charca verde dorada, que era el campo entre los cerros.

—Es preciso que usted sea cruel—dijo, ya sereno.— Su palabra es canto, es mentira musical, es un poco de la belleza de esta mañana abrasada.

Y sonrió, sin agregar más. Ella lo observó con mirada infantil, la boca sonriente y esquiva.

—Diga, hombre, diga esa cosa grave, tan grave que debo oír.

Y el mohín de su boca quedó prendido en la sombra, como una gema tentadora y fantástica.

—Marina—murmuró él, y la fusta fué arrojada lejos.

—¿Qué hay?—cantó ella, mirando a otra parte.

—¿Qué tiene usted hoy?

—Ah, eso no lo sabrá muy pronto; mejor dicho eso no se lo diré a usted.

—No debo saberlo, quizá.

—Puede ser.

—Marina, usted está de chanza y el momento es peligroso para los dos.

—¿Sí? ¿Alguna catástrofe?

—Poco menos, si le parece.

—No temo a semejante peligro. ¿Usted quizá sí?

—Temo por usted—replicó él con un tono agudo que la hizo ponerse seria al instante.

—¡Vaya! no tema por mí. Cada cual debe preocuparse de sí y de nadie más.

—Marina—advirtió Lorenzo, herido, y oprimió la mano femenina, desenguantada.

—¿Qué hay?—moduló ella, burlona, remedando el tono de él.

Lorenzo miró el pasto amarillento; su voz se debilitó:

—Nada.

Se incorporó en un rápido esfuerzo y fué a donde estaban los caballos, con un gesto vago de cansancio y tristeza. «Esto va a acabarse—se dijo,—y me sorprende, pues no le esperaba. He aquí una mujer con quien no hubiera querido encontrarme nunca. Dice bien Enrique: es un carácter difícil. A lo mejor él la cortejó también, y tal vez se retiró a tiempo.»

Sus manos apretaban la cincha de lona del Barroso. Montó, pasó luego la tranquera abierta, y sin mirar atrás clavó los talones al caballo; había olvidado el chicote.

Mecida en un oleaje de dicha, de infantil crueldad satisfecha, de orgullo fustigado, Marina se había disraído de lo que pasaba cerca. ¿Cómo no sentirse transparente y honda si todo había sucedido como ella lo esperaba? Su naturaleza estimulada por este hombre tranqui-

lo que íntimamente la dominaba, pedía, siquiera una vez, un poco de dolor, un asomo de abatimiento masculino, para vaciar en seguida en la pequeña herida fresca, una ternura apretada en crispación, dicha convulsa de mujer caprichosa y amante.

Ahogó un grito al oír galopar, y se levantó en un impulso.

—¡Lorenzo!—gritó—¡Vuelva! ¡Quiero que vuelva! ¡Quiero que vuelva!

El pudo oír su nombre y detuvo su caballo para mirar al interior del bosquecillo. Marina esperaba inmóvil, con las manos apretadas al pecho. El esperó a su vez; en su profunda amargura pensaba que el menor esfuerzo conciliador de su parte, lo humillaría sin esperanza de nada. Pero ella corría ahora, se detenía a coger el chicote que él olvidara, y saltaba sobre el caballo con cierta torpeza que hizo sonreír a Lorenzo. Estaba violenta; el caballo arrancó exhalado y antes que él pudiera pensar en nada, ya estaba ella a su lado, mirándolo con dos pupilas metalizadas y frías.

—Ahora me pregunto a mi vez qué le pasa a usted—dijo Marina con acento rápido, igual, tenaz, que recordaba su mirada.—No es usted el hombre inteligente que yo suponía. ¿No lo he llamado?

—¿Para qué? Usted dice bien; no soy el hombre inteligente que usted buscaba para ensayar en él los recursos de su coquetería, realmente acrobática.

—Debo decirle algo, amigo mío—interrumpió ella,—una noticia que le interesará seguramente. La recibí anoche y he ahí por qué lo llamaba.

—Quién sabe si ya no es tiempo que la conozca.

—Es tiempo, Lorenzo, y le hará bien. Mi novio llega pasado mañana ¿Qué debo hacer?

Lorenzó la miró con el mismo deseo que se siente a veces de destruir fríamente un juguete curioso para ver lo que encierra su hojalata pintarrajeada.

—La compadezco, amiga mía. Usted se debate entre los hombres sin reconocerlos ni reconocerse usted. Y nadie la reconoce a usted tampoco, porque su propia atmósfera la oculta y la hace desaparecer.

El Barroso resoplaba y el alazán de Marina erguía su cuello noblemente, tranquilo bajo la luz que lo tachonaba de reflejos. Bajo la gorra de los jinetes anudábase el silencio del campo ardido.

—Lorenzo—dijo ella de súbito, cuando ya habían caminado mucho y el caserón mostraba las alas de su tejado pardusco;—me cuesta decírselo: usted ha llegado a conocer mis defectos y mis bondades.—Su voz se hizo tímida:—¿O es que en mí no hay bondades?

—Hay de todo, Marina.

—Pues bien, ¿por qué negarlo? Usted acaba de descubrir mi pasado y de nada me ha servido en este caso la atmósfera que me ocultó a los demás hombres.

Silencio. El tranco blando de los caballos.

—Marina—acarició él, deteniendo su cabalgadura.

—Ella hizo igual cosa y cogió la mano que Lorenzo le tendía.

Amigo mío—dijo con acento serio y decidido.—Ese hombre llega pasado mañana. Mis cartas de estos últimos días lo tienen alarmado, aunque no pueden ser más cor-

diales. La última lo ha herido y viene para que me explique ante él... Este cariño hacia usted, hasta ahora no he tenido que ocultarlo. Es una situación curiosa y difícil. Para mamá, para mis amistades de Santiago, ese hombre es mi novio. ¿Se mostrará usted sereno?

—Sí, Marina. Es preciso. ¿Pero por qué temer nada? Ese hombre, solo se eliminará.

—Lo creo—sonrió ella.

Entre tanto, él miraba la boca roja y mullida de la mujer. Y la boca cedió en un beso hondo y embebido que los anudó sobre las dóciles bestias. La malla del sol.

VII

Un malón de amigos y conocidos de la familia Castro y de Enrique, había caído en la casa. Aquello era la gloria, pues prometía una noche deliciosa. De sobremesa, alguien propuso un juego de prendas en la terraza. ¡Tentadora ocurrencia! Las mujeres palmotearon y los hombres se miraron entre sonrisas de complicidad. Indudablemente, aquel malón y luego la ocurrencia eran hechos que proclamaban la suprema inteligencia de la vida.

Las acacias enfiladas limitando la terraza con el camino público se estriaban del polvo de la luna menguante, y a lo largo del suelo en sombras las tachas de luz encendían una penumbra de intimidad.

Todos se sentaron en semicírculo y cuando se hizo el silencio, Enrique, que estaba de pie esperando, sacó algo de su bolsillo, lo ocultó en sus manos juntas, y fué diciendo en seguida, delante de cada uno, a tiempo que deslizaba sus manos entre las de ellos:

Azúcar cande
paso por prenda;
tengo un negrito
que me lo venda...

Un instante después uno de los visitantes debía decir quién había recibido la prenda.—Y poco a poco, entre las carcajadas que parecían galopar en la noche fresca, de diáfano claroscuro, caían las prendas en el bolsillo de Enrique, que pensaba ya en las penitencias del rescate. Sus hermanitas dieron sus sortijas de vírgenes, los demás otras cosas preciosas: alguno una moneda, un pañuelo, una agenda.

*
*
*

Las penitencias habían comenzado hacía rato. Se aguardaba con ansiedad lo que vendría, pues Enrique estaba de humor y sorprendía con punzantes ocurrencias. El había dado también su prenda y hubo de recobrarla el primero previa una angustiada confesión de locura amorosa a los pies de la más bella de las jóvenes visitantes. Estuvo afortunado y la hermosa niña refugió precipitadamente en la sombra su rostro ardido. Luego, con frialdad de inquisidor, de pie, anunciaba la nueva penitencia, casi siempre parodia del flirt avanzado, en sus variados momentos: el beso, la confianza, la humillación, el abrazo, una sollicitación, todo, es claro, a la vista de los demás, en el campo de luz que se abría delante. Era aquello divertido e impresionante: el juego daba estímulo a las primeras audacias de la carne, donde todos habían goloseado. La luna, copón bruñido, vol-

caba en la ligera ramazón su blancura polvorosa, que era abrigo y desnudez para aquel conciliábulo de juventud.

La voz de Enrique, rápida, burlona, declamatoria, vibró en el silencio:

—La dueña de esta prenda deberá sufrir dura penitencia para recuperarla. Dará un beso casto, beso de ángel, en la frente del hombre que ella escoja... y que desde ese momento será sin duda el elegido de su vida.

Puso el objeto en la luz. Era una sortija delgada, cuya pequeña corona de brillantes chispeó dulcemente.

—¡Dios mío!—gritó Marina al verlo.—Esto es una broma despiadada, Enrique. No me gusta este juego.

—Se juega al amor—advirtieron algunos.

—Pero Enrique me dá lo peor del juego. No acepto esta penitencia.

—Debe obedecer, Marina, si no quiere que el juego termine—observó Enrique, inalterable.—Antes de comenzar, cada uno ha dado su palabra de acatamiento a cuanto se ordene. Pero veamos, ¿qué tiene usted?... ¿No sabe, acaso, que estas penitencias se deshacen en una carcajada? Pues, a cumplirla; lo ordeno.

—¡Bien!—aprobó el conciliábulo.

Marina se levantó, dió un paso y quizá sin advertirlo su rostro y su cuello quedaron en el hueco de luz. Caía un pliegue de inquietud entre sus cejas dibujadas ¿Cómo podría simular su ser la escalofriante bufonada del sentimiento, de la recogida emoción, en aquella noche encantada, muda de vida secreta, como su alma? ¿Cómo podría separar lo alegre de lo bello, si ella no distinguía lo primero en la plenitud absorta de su cariño? Y el dar

aquel beso, como ella querría darlo, hería de antemano su pudor.

No obstante, sin mirar a nadie, sonrió. Sus ojos claros, un poco apagados en la luz polvorosa, daban una gracia noble y callada de modelo marmóreo, a su cara blanca. En el silencio, su cuerpo giró apenas y sin mirar previamente a Lorenzo, fué hacia él y besó su frente. En seguida, con la sonrisa intacta, volvió a su sillón, en la sombra.

Nadie dijo nada en el primer momento. La actitud de Marina, nada extraordinaria en apariencia, los demudaba sin que supiesen por qué. Pero el silencio es vergonzoso entre gentes de mundo.

—Es una extraña mujer—secreteó alguien.—¿Vió usted?

—¿El séptimo novio? Sin duda. Marina es todavía una niña.

—No lo creas. Es toda una mujer de carácter.

Lorenzo, entre tanto, alcanzaba el último plano de la dicha. Su egoísmo de arribista rendíase al amor definitivamente.

VIII

El nuevo huésped de Enrique estaba informado. Apenas llegado, comprendió que la situación era de lucha y que nada podía evitarla. Su rival era temible, lo sabía, y luego se convenció mejor de ello, aunque por razón de clase llegara a despreciarlo. Era un hombre entendido en todos los deportes en boga, y su traza musculosa y mediana revelaba al *sportsman*. Lorenzo se dió cuenta en la primera ocasión de que en ese mecanismo

ágil, dispuesto para la estocada, el disparo o el raquetazo, vivía un alma obstinada y violenta, y un espíritu reflejo y sedentario.

La misma tarde de su llegada se hizo una excursión de caza a un fundo cercano. Sergio Rosales demostró en esta ocasión que era un tirador de peligro. De vuelta, acariciando su morral rebosante de perdices y tórtolas, disertó con calor sobre las bondades de la escopeta americana comparada con la belga. Marina advirtió que Lorenzo no había disparado; en cambio había galopado mucho. El Barroso acababa de descubrirle un secreto que tal vez el mismo Enrique desconociera: el animal era un prodigioso saltador de pircas y zanjas. Jinete y bestia volvían aquella tarde ciertos de algo que expandía sus vidas y ocultaba una promesa. Lorenzo golpeaba suavemente con su chicote el agrisado cuello del animal, y el Barroso gozaba la inquietud de la caricia animando su paso devorador de leguas, su paso criollo ennoblecido por la gracia queda de sus remos al alzarlos. El alazán de Marina, a su lado en el crepúsculo. A veces Lorenzo y ella, animados por la sombra flotante, unían sus manos en una presión furtiva que les impedía hablar. Entonces oían delante de la cabalgata el silboteo encocorado de Sergio Rosales. La caricia de Marina se hacía humilde y ferviente.

* * *

A la tarde siguiente, Lorenzo fué interrumpido en su siesta por unos golpes dados en la puerta de su cuarto. Era Enrique.

—Prepárate. Iremos a la Vega del Conejo, al otro lado. Un sitio encantador, verdadero paraíso de estas alturas. Allí hay un gran bosque de quillayes, con rincones para la charla, el coloquio y la inspiración solitaria. Haremos once allí.

El Barroso estaba ensillado y al aparecer Lorenzo, alzó al instante su cuello. Los amigos se acercaron a él.

—Qué noble es—dijo Lorenzo, acariciándolo.

—Noble y audaz—sonrió Enrique, mirando atentamente las manos del animal.

—¡Cómo saltó ayer! Es un gran caballo.

—Lo que me sorprende es que tú, montando poco, te hayas familiarizado tan pronto con él. Quién sabe si has nacido para el campo, como yo.

—Bien pudiera ser, Enrique. Bueno, ¿vamos?

Los mozos ya habían partido con la merienda. El viaje era corto, aunque áspero; las señoras preferían quedarse. Los primeros jinetes se adelantaron por el camino interior arrancando un ala de polvo claro.

Salvado el puente colgante, había que vencer una escarpa. Entre los cerros foscos como peñascos, las vegas de apretado verdor difundían un no sé qué de fresco, de intenso, que hacía pensar en un estrecho pedazo de cielo milagrosamente verdecido en la tierra. Los maquis, duraznos y litres flanqueaban de amarillo y verde el camino empinado y carcomido por las carretas.

El descenso, por el otro lado, también era difícil. Delante, se alargaba una estrecha llanada en cuyo término distante distinguíase la mancha suave del bosque de quillayes. En el camino bajo, Lorenzo, distanciado de

Marina, la alcanzó, y en seguida, indicando con un gesto a Sergio Rosales, preguntó:

—¿Qué le ha dicho?

—¿Es preciso que usted lo sepa?—sonrió ella.

—Sí.

—Dice que a pesar de todo se casará conmigo. Le he contestado que es un insensato; pero inútilmente. Está seguro de que es un dominador. Le he dicho por último que ya su persona no me interesa.

—¿Y qué respondió?

—“Te demostraré lo contrario”—me dijo con acento burlón.

Silencio. En el rostro de Lorenzo había aparecido un gesto que ella no conocía. Las ligerezas y los arranques altivos, un poco infantiles de Marina, no lo habían alterado así nunca. Adivinó en el hombre un pensamiento cruel y violento.

—¿Qué tiene, Lorenzo?—interrogó, curiosa más que inquieta.—Usted mostró interés por saber algo que no debía decirse.

—Todo está bien, Marina—repuso él mirando sobre la pirca que cerraba el potrero.—Pero algo me parece todavía obscuro. El que ese señor se acerque a usted a escondidas o poco menos, me intranquiliza. Además, no me da la cara.

—¿Quiere decir que él es un cobarde?—preguntó ella y puso su caballo al galope.—Esté usted seguro de que no lo es, aunque tampoco es un valiente.

Y mostró una sonrisa aguda. El Barroso, acostumbrado

ir junto al alazán, quiso arrancar, pero Lorenzo lo contuvo.

Los demás, entretenidos en la charla, no se ocupaban de Marina. Sólo Sergio Rosales, que parecía silbotear abstraído, se volvió al sentir que alguien pasaba junto a él. La mujer fustigaba en ese instante el alazán y su sonrisa alterada y viva pareció fustigar al hombre. Este, sin mirar atrás, azotó su caballo. Lorenzo estaba pálido y sus ojos, de un tono neutro, como engastados en las órbitas, siguieron la carrera de la pareja.

—Hay algo en ella que aun no conozco—pensó, y sus piernas oprimieron al animal, pero su mano ahogó el impulso de su sangre que ardía.

En ese momento, la cabalgata se dió a galopar, y él, para no respirar el polvo que levantaban los otros, soltó las riendas a su bestia. Había que galopar bastante antes de alcanzar el bosque. Algunos jinetes, por temeridad, se internaron en los potreros, ganosos de saltar las pircas divisorias.

—¡Cuidado! ¡Locos!—gritaron las mujeres al advertir la contagiosa locura de Marina.

—¡Cuidado!—gritó Enrique con toda su voz.—¡Las pircas son demasiado altas!

Los cuatro jinetes, que hubieran seguido sin titubear excitados por el arranque de aquella mujer, al oír a Enrique moderaron su carrera y riendo a carcajadas siguieron el discreto galope de los demás en el camino, sin perder de vista a la pareja.

No habían alcanzado aún el primer *obstáculo* en el potrero amarillento y Marina olvidaba ya la existencia del grupo que esperaba el fin de esta peligrosa extravagante.

cia. Viéndola gacha sobre la dislocada mancha rubia que era el alazán, su hermana adivinaba vagamente alguna dramática travesura de aquel espíritu. Y cierta venenosa alegría la hacía mirar a ratos la rígida figura de Lorenzo.

Enrique observaba dolorido e inquieto el sostenido arranque de los caballos; y su mano paró, instintiva, su cabalgadura al ver que la pareja, casi a un tiempo, salvaba la primera pirca, desprendiendo algunas piedras con los remos traseros.

—Locos—murmuró nervioso.

Pero su indignación creció al ver pasar al Barroso incontenible, y en su lomo, anudado, a su amigo.

—¡Lorenzo! ¿Es posible?—gritó.—¿Qué tienen ustedes, por todos los demonios? ¡Lorenzo!

Quiso alcanzarlo para evitar una lucha ridícula y un espectáculo, pero fué inútil. La locura de una muchacha los dejaba reducidos absolutamente a su violencia de machos; aquella gente iba a saborear la emoción y el drama reales, como se paladea un helado. Lorenzo saltaba ya la tranquera baja del segundo potrero y luego cada uno vió apenas la gorra del jinete delante de sus hombros.

—Siempre la sugestión de esa mujer—se dijo Enrique, fuera de sí.—He ahí a mi buen Lorenzo, dominado, también, reducido a la imbecilidad. ¿Y yo? ¿Quién sabe si yo?...

Se contuvo Adelantándose un poco a los otros, seguía al galope y forzando las mandíbulas, aquel extraño encuentro de audacia e insensatez. La cabalgata alegre, cambiando breves palabras, galopaba libremente, llenando con su redoble disperso el silencio ardiente de la media tarde.

El Barroso, obediente al núcleo de instintos prendidos

en su lomo y sus flancos, tuvo el tiempo necesario para alcanzar a la pareja y pudo pasar antes que ellos la pirca que venía a su encuentro.

Marina estaba segura de él. No había mirado hacia atrás buscándolo, pero lo esperaba, sabía que pronto estaría junto a ella, y que esta carrera sin freno, estremecida, plúmbea, zumbante, carrera de alucinación y de espasmo, era además un apoyo que pedía su alma débil y turbada. Sin esta dinámica emoción, que hundía su ser en la misteriosa naturaleza como en un océano de fuerza, quién sabe si el hombre no llegara a dibujarse en su alma como ser de dominio y de verdad.

Ahora lo veía a diez pasos, terriblemente perdido como ella en el vértigo del galope. Le pareció esto una prodigiosa realidad, se sintió enervada, y mientras el otro jinete cedía terreno antes de alcanzar la última pirca, Marina tuvo miedo de aquél que había desafiado el ridículo por ella, pues la voluntad de Lorenzo era como la suya, sorpresiva y temible. Durante unos segundos, desfallecida, vaciló sobre su caballo. Pero en seguida su chicote azotó al animal, pardo de sudor.

Y la última de aquellas *barreras* se vino al encuentro de ellos. El Barroso se elevó en una elástica distensión de su cuerpo iluminado, y su jinete, salvado el obstáculo, lo animó con una breve voz gutural.

El alazán de Marina trazó en el aire una lenta parábola, y al tocar la tierra, le pareció a su jinete oír a unos pasos una respiración soplante y fatigada. Tal vez el *otro* iba a saltar en ese instante. Luego ella olvidó a aquel hombre; lo olvidó, natural, profundamente; su alma vivía la propia embriaguez.

Galopaba aún en este abandono feliz, cuando unos gritos dispersos, estridentes, clavaron sus sentidos casi embotados. Delante de ella Lorenzo volvía su caballo con rapidez; la inquietud de su rostro acabó de despertarla. Miró atrás: junto a la pirca vió un grupo de jinetes desmontados que auxiliaban a Sergio Rosales, tendido en el pasto; su caballo galopaba siguiendo la barrera de piedras. Marina volvió grupas y se dirigió allí seguida por Lorenzo, que temía una desgracia.

Magda, adelantándose a su hermana, preguntó con angustia:

—¿Es grave?

Enrique, que estaba inclinado sobre el herido, se incorporó pálido y tembloroso:

—Fractura del brazo derecho. Ha perdido el conocimiento.

Sus ojos severos buscaron a Marina. Ella permanecía sobre el alazán, cuyos flancos palpitantes blanqueaban de espuma. Su bello rostro, frío y duro, la boca firme. Su mirada, vacía de sol, flotaba en el verdor distante. Enrique no tuvo valor para decirle palabras de reproche. Había en el silencio de ella una pureza adiamantada, irreductible, que le cohibió.

El alma de Marina era en ese instante como un caudal lento y hondo, en donde aquel hombre caído desaparecía como un pedrusco.

Kautaro Yankas



La Chilean Cinema Corporation



No hace nunca promesas que no puede cumplir. Ha ofrecido el mejor material de estrenos cinematográficos de la temporada y aquí tiene Ud. una lista de acontecimientos inmejorables, que serán presentados  en el Cinematógrafo de moda

SALA IMPERIO

Miércoles 18

Las Locas Noches de París

Maravillosa novela de amor y arte. Creación de

Bárbara La Marr, Conway Tearle y Charles de Roche

Sábado 21

IN' CH' ALLAH

o

En la tierra de Abd-El-Krim

por BRAHIM EL HADJEB

y STACIA NAPIERKOWSKA

Domingo 22

HIMENEO

por Monte Blue y Deverly Bayne

